

Watergate vaticano

La incómoda pregunta sobre la Misa en latín pone a Bruni contra las cuerdas

ECCLESIA

04_07_2025



**Nico
Spuntoni**



En 2021, Francisco había dicho que quería derogar la liberalización de la llamada Misa tridentina basándose en una consulta a los obispos realizada por la Congregación para la Doctrina de la Fe un año antes y que habría enviado a Roma respuestas reveladoras

de una situación que —[escribía Bergoglio](#)— «me entristece y me preocupa, confirmándome en la necesidad de intervenir» porque «la posibilidad ofrecida por san Juan Pablo II y con mayor magnanimidad aún por Benedicto XVI (...) ha sido utilizada para aumentar las distancias, endurecer las diferencias, construir contraposiciones que hieren a la Iglesia y frenan su camino, exponiéndola al riesgo de divisiones».

Cuatro años después, una periodista estadounidense, Diane Montagna, reveló que eso no era cierto: la mayoría de los obispos consultados que habían aplicado el motu propio *Summorum Pontificum* se habían declarado satisfechos y, más aún, habían advertido al antiguo Santo Oficio sobre los riesgos de una posible restricción. Una verdad clamorosa puesta por escrito por la Congregación para la Doctrina de la Fe en un informe que fue entregado a Francisco y que presentaba un panorama de la situación muy diferente al que se recogía en *Traditionis Custodes* y en la carta adjunta a los obispos.

Lo de Montagna es un Watergate vaticano y, documentos en mano, indica que el difunto Papa mintió para justificar su decisión de limitar las celebraciones en forma extraordinaria, atribuyendo la voluntad al episcopado y al actual Dicasterio para la Doctrina de la Fe. Este vuelco de la voluntad mayoritaria hace añicos la imagen de un pontificado centrado en proclamas sobre la sinodalidad y la colegialidad. Pero que quede claro: Francisco podía derogar el *Summorum Pontificum* a pesar de la opinión de los obispos porque, como sostenía Ratzinger, la Iglesia no es una democracia.

Ante una «bomba» similar, que inevitablemente ha estallado en todo el mundo y ha suscitado cientos de miles de reacciones, ¿cómo ha reaccionado la comunicación de la Santa Sede? Ayer se celebró en la Sala de Prensa la conferencia de presentación del nuevo formulario de la *Missa «pro custodia creationis»*. Entre los ponentes se encontraba monseñor Vittorio Francesco Viola, secretario del Dicasterio para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos y, por tanto, uno de los máximos ejecutores de *Traditionis Custodes*, ya que el motu proprio confiaba precisamente a su dicasterio el cumplimiento de las disposiciones. Era inevitable, por tanto, que, al encontrarse frente a monseñor Viola, una periodista (Hannah Brockhaus, de CNA) sintiera la necesidad de hacerle [una pregunta sobre la primicia de Montagna](#) y de pedirle una aclaración. En ese momento, sin embargo, tomó la palabra el director de la Sala de Prensa, Matteo Bruni, para reprender a la periodista, diciendo: «No me parece que sea una pregunta pertinente».

Quizás Bruni olvida que no es su trabajo juzgar las preguntas de los periodistas. El director, aunque no tiene una carrera periodística a sus espaldas, debería saber que

los profesionales de la información siempre dan prioridad a la noticia: es totalmente natural dejar en un segundo plano el tema de una conferencia cuando se tiene delante a un interlocutor directamente interesado en una cuestión tan controvertida y sobre la que no ha habido pronunciamientos oficiales.

Bruni empezó mal, pero terminó peor su intervención. Evidentemente, previendo que la pregunta «no pertinente» llegaría (más aún si la esperaba, ¿era realmente necesario ese comentario paternalista sobre la no pertinencia?), tenía ante sus ojos una hoja de la que leyó con cierta vacilación. «No confirmo la autenticidad de los textos —dijo el director de la Sala de Prensa— que han sido publicados y que presuntamente forman parte de uno de los documentos en los que se basó la decisión, y como tales alimentan una reconstrucción muy parcial e incompleta del proceso de toma de decisiones».

Por lo tanto, Bruni «no confirma», lo que en italiano significa que tampoco lo desmiente. A continuación, vuelve a emitir un juicio no solicitado sobre la reconstrucción que se ha hecho pública cuatro años después, gracias al meticuloso e irrefutable trabajo de Diane Montagna. «A la consulta citada se ha añadido posteriormente otra documentación, otros informes confidenciales, también fruto de consultas adicionales que han llegado al Dicasterio para la Doctrina de la Fe».

Y aquí sería lícito preguntarse qué sería la «otra documentación» sacada a relucir por el director de la Sala de Prensa, ya que Francisco en *Traditionis Custodes* no hablaba ni de informes confidenciales ni de consultas adicionales, sino exclusivamente de la «amplia consulta a los obispos en 2020» y de la «opinión de la Congregación para la Doctrina de la Fe». Ambos, como hemos descubierto gracias a Montagna, se oponen a las restricciones. Es evidente que la incierta «no confirmación» de Bruni no lleva a ninguna parte y, a tres días de la publicación de la primicia, todos dan por buena lo que el director ha definido como una reconstrucción «muy parcial e incompleta del proceso decisorio».

Es comprensible la vergüenza de la Santa Sede ante una revelación incómoda para la memoria de un pontífice, pero no se puede pensar en gestionar una noticia así, difundida en todo el mundo, como si fuera un imprevisto molesto que hay que liquidar en pocos segundos con fórmulas tortuosas («no confirmo») y lanzando nuevos y confusos elementos nunca antes mencionados («informes confidenciales»). Tras la tregua de estos doce años, la guerra mediática contra el papado vista en los años de Benedicto XVI podría reanudarse con un Papa tan popular entre los católicos como León XIV. ¿Es así, con un papelito de pocas líneas leído distraídamente, como la comunicación

vaticana cree poder proteger a Prevost frente a las posibles crisis y ataques que vendrán del mundo de la información tradicionalmente hostil a la Iglesia?